

Martín Becerra
Alfredo Alfonso
(compiladores)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Daniel Gómez

Vicerrector
Jorge Flores

LA INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA EN LA ARGENTINA

Susana Viau
Miguel Bonasso
Eduardo Anguita
María Seoane
Martín Becerra •
Miriam Lewin
Germán Rodríguez
Daniel Santero

Colaboradores:
Néstor Daniel González
Alejandra Pía Nicolosi



Bernal, 2007

Colección Comunicación y cultura
Dirigida por Nicolás Casullo

La investigación periodística en Argentina / compilado
por Martín Becerra y Alfredo Alfonso -
1ª ed. - Bernal: Univ. Nacional de Quilmes, 2007.
200 p. ; 20x15 cm. (Comunicación y cultura dirigida
por Nicolás Casullo)

ISBN 978-987-558-113-5

1. Comunicación. 2. Investigación Periodística. I.
Becerra, Martín, comp. II. Alfonso, Alfredo, comp.
CDD 302.23

Los fragmentos incluidos en este libro se publican con la autorización de sus propietarios. Agradecemos a Editorial Sudamericana, a Ediciones Colihue y a los autores Miguel Bonasso, Daniel Santoro y Susana Viau por dicha autorización.

© Martín Becerra y Alfredo Alfonso, 2007
© Universidad Nacional de Quilmes, 2007
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Buenos Aires
<http://www.unq.edu.ar> editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-113-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



ÍNDICE

Palabras preliminares, *por* Martín Becerra y Alfredo Alfonso.....9

Parte 1. Metodología y conceptos

1. Implicancias de la investigación periodística..... 15

por Miguel Bonasso

2. La utilización de fuentes. 37

por Susana Viau

3. Los modos de investigar. 65

por Daniel Santoro

4. Práctica periodística y práctica científica en investigación. 97

por Martín Becerra

Parte 2. Territorios y exploraciones

5. Estrategias de la investigación en periodismo. 113

por María Seoane

6. La información y el poder. 139

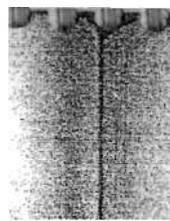
por Eduardo Anguita

7. Los usos de la cámara oculta. 165

por Miriam Lewin

8. El compromiso del periodista de investigación. 176

por Germán Rodríguez



PRACTICA PERIODÍSTICA Y PRACTICA CIENTÍFICA EN INVESTIGACIÓN

Martín *Becerra**

Quiero abrir este encuentro con una frase de la socióloga alemana Elizabeth Noelle-Neumann, iniciadora de la teoría de la espiral del silencio que permitió avanzar notablemente en la comprensión de los fenómenos de conformación de la opinión pública en las sociedades contemporáneas. Noelle-Neumann afirma que "toda la investigación nace con un enigma". Considero que es un buen punto de partida para trazar planos comparativos entre la investigación periodística que nace con un enigma y con aquella académica que también lo hace, ya que de eso se trata la formulación de una hipótesis, en la que existe un interrogante previo al que se asigna una probable explicación, que la investigación intentará, fundamentándola, demostrar.

* Martín Becerra es doctor en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UBA. Es profesor ordinario de la UNQ, donde se desempeñó desde 2001 y hasta 2003 como director de la Licenciatura en Comunicación Social y, desde entonces, como Secretario Académico. Desde hace 17 años trabaja en el campo del periodismo, ejerciendo como redactor y colaborador de diarios (*El Cronista, Extra, La Razón*) y revistas (*Crisis, Humor, Buenos Aires*, entre otras) y agencias noticiosas (ANSA).

Investigador adjunto del CONICET, Becerra es autor del libro *Sociedad de la Información: proyecto, convergencia, divergencia* (Editorial Norma, 2003) y de *Periodistas y magnates: estructura y concentración de las industrias culturales en América Latina*, con Guillermo Mastriani (Prometeo, 2006) y de numerosos capítulos y artículos sobre estructura y concentración de las industrias culturales.

Una cuestión a tratar para desacralizar la solemnidad que inviste la investigación científica en relación a la periodística, es que ambas tienen un primer y básico carácter común, que es que son (y que implican) un "trabajo". Una cuestión, ciertamente, que parece muy sencilla. Pero a lo largo de la exposición justificaré por qué es elemental referirse a la investigación (sea científica, sea periodística) como una práctica relacionada al trabajo, más precisamente a la acumulación sistemática, reflexiva y crítica de trabajo, y no a la aparición de algún genio que surge en medio de un raptó de poética inspiración. Por lo tanto, ambos tipos de investigación suponen curiosidad inicial, rigurosidad, constancia, esfuerzo, almacenamiento, elaboración crítica y producción. A eso me refiero cuando sostengo que son, fundamentalmente, trabajo.

Ambos modos parten, además, de una relación estrecha con las fuentes; por cierto: las fuentes difieren pero lo hacen menos de lo que se puede suponer porque el plano del discurso es uno de los insumos de trabajo medulares para el conjunto de las ciencias sociales y también, lógicamente, para el periodismo. Es decir, el plano del discurso, de la palabra, "de lo dicho" habita como parte sustancial el trabajo en investigación académica en ciencias sociales y es por supuesto también la materia prima del periodismo en investigación.

Con todo, es cierto que existe una subestimación que pesa sobre la investigación periodística en relación a la investigación científica en las ciencias sociales y en el campo más amplio de las humanidades. Esta subestimación, diríamos con Pierre Bourdieu, tributaria del prejuicio que suele teñir a los campos disciplinares estructurados ante la emergencia de nuevos registros e incluso, ante nuevos objetos de investigación, creo que no tiene asidero, porque lo que debería subestimarse es la mala investigación, bajo la forma que sea, con el formato específico y en el campo disciplinar en que se registre.

¿Qué es la "mala" investigación? Es aquella que no es rigurosa ni exhaustiva, que no contribuye a la comprensión del hecho investigado. Es aquella que no asume el carácter procesual de trabajo que mencionába-

mos hace un momento. Y esto me parece mucho más importante que el género al que adscribe ese trabajo llamado investigación.

Ahora bien, parece claro que los registros discursivos que tienen por un lado el periodismo de investigación y por el otro la investigación científica son obviamente distintos, así como la profundidad y el alcance que se proponen y el ejercicio profesional de uno y otro también difieren, al igual que las modalidades de producción. Max Weber en la obra *El político y el científico* usa un concepto que creo interesante citar ya que se trata de uno de los padres de la sociología, que es un campo estructurado e institucionalizado en el que se suele observar con cierto menosprecio a la práctica periodística y porque Weber era un hombre metódico y riguroso cuyo trabajo ha colaborado decisivamente para comprender mejor la sociedad contemporánea, las relaciones entre los hombres y las instituciones que ellos mismos contribuyen a cristalizar. Weber subrayó que "no todo el mundo se da cuenta de que, aunque producidas en circunstancias muy distintas, una obra periodística realmente buena exige al menos tanto espíritu como cualquier otra intelectual sobre todo si se piensa que hay que realizarla a prisa, por encargo y para que surta efectos inmediatos".

Una investigación cuya calidad se juzga, además de por su consistencia metodológica y sus aportes, también por ritmos cortos y rutinas productivas vertiginosas, así como por una relación económica de "encargo" (entendiendo por ello un financiamiento *ad hoc*) y por la necesidad de producir impactos, no sólo nos remite al campo periodístico, sino también a una porción significativa de la investigación en ciencias sociales y humanidades en el mundo actual. Y, aunque no es el objeto de este encuentro, se podría también incluir en esta sumaria caracterización a la investigación científica en las disciplinas llamadas "duras" o "exactas".

Con respecto a la dimensión social del periodismo de investigación y de las ciencias sociales, hay que partir de un presupuesto epistemológico, es decir, de cómo se construyen las aserciones y cómo se respalda el conocimiento. En suma, quién y cómo está en condiciones de

hacer una afirmación válida sobre algo, sea ese "algo" proceso, objeto o persona.

La investigación debe plantearse la necesidad fundacional de responder a la relación de lo investigado, por particular que sea ese objeto investigado, con su contexto y con las determinaciones históricas de lo que se investiga, y ello es una premisa irrevocable así se trate de una investigación periodística o de una de carácter académico.

Por razones de tiempo y espacio, es decir, por los contornos específicos en los que trabaja cada una de las dos profesiones que mencionamos, el trabajo periodístico presenta el desafío de lograr esa relación con el contexto más allá del objeto investigado, bajo la modalidad de lo que llamamos *background*. Independientemente de la relación que el artículo plantee *ex profeso* con el contexto que condiciona su contenido, debemos añadir que la inserción misma de la nota o artículo (o cualquier otro formato periodístico) da cuentas objetivas de la relación del tema investigado con cierto contexto general -editorializado, por cierto- porque esa nota aparece, por ejemplo, en una página de información general de un periódico, detrás de la cual viene una página de política internacional o de economía. En resumen, existe una inscripción de la investigación periodística en el formato papel, multimedial, radial o televisivo, a raíz de la continuidad noticiosa que tienen estos tres formatos, que le permiten a esa nota periodística relacionarse con el contexto en la peculiar versión del medio de comunicación que editorializa dicho contexto, de modo indirecto; lo hace porque está inscripto en un formato propio de un campo productivo que supone soportes consagrados, y ése es el campo periodístico.

En cambio, la investigación académica carece de este tipo de formato y es, de modo dominante (aunque no exclusivo), monotemática, circunscripta. Es por ello que las determinaciones que son contextuales y que contribuyen a explicar el objeto que se está investigando, deben aparecer en el caso de la investigación académica mucho más cristalinamente planteadas que en la investigación periodística. Reitero, por razones de espacio y contorno, es obvio que la investigación periodís-

ica no siempre puede dar cuentas acabadas del contexto en el cual se realiza la investigación.

Para el trabajo de investigación periodístico y científico es entonces un requisito elemental el cuidado de la consistencia de lo estudiado en relación con el "estado de las cosas" en el que el objeto estudiado se inscribe. Vale decir que los hechos investigados, si se presentan como hechos aislados, aparecen como cuestiones disociadas, artificiales, desnaturalizadas de la realidad, es decir, como cuestiones de las que no se está dando una explicación convincente que contribuya a comprenderlas. Por ejemplo, si uno realiza una investigación sobre una aplicación de una industria de la informática como es el caso de internet y no da cuentas del contexto de ubicación social, geográfico, político, económico y, en definitiva, histórico, en el que esa investigación está siendo producida y ese objeto analizado, me parece que poco contribuye a comprender el objeto que pretende describir, explicar, analizar y criticar.

Por lo tanto, una investigación en comunicación puede ser empírica y referir a la comprobación de relaciones o concretos, donde en función de la rigurosidad del análisis se pueden construir conclusiones coherentes y estables. Como, por ejemplo, un trabajo sobre el perfil de lector de un producto de la industria editorial con la indagación sobre secciones, periodicidad de la lectura, nivel económico, de un medio específico en un lapso muy puntual.

Quiero decir: el objeto de estudio no tiene necesariamente que ser grandilocuente ni universal, uno puede llevar a cabo una investigación rigurosa con un método de análisis fehaciente y comprobable aún tratándose de temas "pequeños", aunque hay autores como el propio Umberto Eco que ponen razonablemente en duda la existencia de temas, digamos, pequeños.

Se puede plantear también un análisis de discursos sociales como es el caso del libro *Perón o muerte*, de Silvia Sigal y Elíseo Verón, que me parece responde bastante a las características metodológicas de lo que estamos señalando como elementos insoslayables o condiciones necesarias para desarrollar una investigación.

En este texto, Sigal y Verón tratan como objeto de estudio el discurso peronista de comienzos de la década de 1970. Parten de un supuesto metodológico que fue dos décadas antes de su trabajo (publicado en 1985) un hallazgo en los estudios de semiótica y semiología, ya que no solamente intentan estudiar los enunciados, no se circunscriben al texto, sino que lo insertan en las condiciones sociales y políticas de producción, partiendo de los aportes de la teoría de los discursos sociales en la que el momento de la enunciación configura un espacio prioritario de construcción y asignación de sentido. Hoy este punto de partida metodológico en las facultades y carreras de comunicación puede parecer una verdad de Perogrullo; hoy sería inconcebible querer interpretar el discurso sobre la historia reciente de, por citar un caso, Mario Firmenich sin comprender el contexto histórico en el que se fundó su liderazgo y las condiciones específicas en las que ese liderazgo operó.

La hipótesis planteada por Sigal y Verón es que no es posible descifrar el sentido del enunciado sin comprender las condiciones de enunciación. A partir de ahí, la muletilla que conocemos sobre la importancia del "momento de la enunciación" o sea, el contexto, aparece como un requisito indispensable a la hora de indagar los discursos sociales, a la hora de indagar la gramática y la circulación social de sentido en las sociedades.

Por otra parte, una investigación en comunicación puede ser panorámica y significar un gran aporte para presentar lo que se conoce como "estado de la cuestión", es decir, cómo ha sido abordado un determinado tema hasta el momento de la investigación. En este caso, la rigurosidad de la investigación radica en ser representativa de todas las líneas de trabajo que hay sobre el tema, radica en la exhaustividad en el relevo de todas las fuentes que existen sobre un tema determinado. En el contraste analítico de esas diferentes líneas radica el mérito de una investigación de este tipo. Por ende, si el abordaje es sesgado o parcial, entonces no estaría cumpliendo su objetivo de comprender ese estado global que implica el "estado de las cosas" del objeto investigado.

En todos los casos se plantea la cuestión de lo que en periodismo se podría llamar "el tema editorial" y que en el trabajo de investigación

supone la justificación de la importancia del tema a ser trabajado. En términos editoriales, la justificación de la importancia de un problema para ser investigado en periodismo lo brinda la editorial o la figura del editor. En este sentido, el periodista no es necesaria ni principalmente autónomo para elegir lo que él considera importante, no obstante al finalizar la investigación el periodista debe demostrar que el tema investigado fue importante no para él en este caso, sino para el lector que es el destinatario. Un buen ejemplo, creo, es el del periodista Oscar Raúl Cardoso. Cuando uno lee un trabajo de Cardoso, ocurren al menos tres cosas: se comprenden los temas, el contexto en el que se inscriben y su importancia, aunque Cardoso no haga un metadiscurso con ello. Precisamente, es importante en relación con la inscripción que Cardoso realiza respecto de ese tema en el contexto general. En la tarea de la justificación de lo que se analiza aparece también entonces, la relación entre texto, cotexto y contexto; la relación entre el discurso que se elabora en la redacción que se realiza, entre los discursos laterales que aparecen en páginas anteriores o posteriores que aparecen en la edición de ese diario y el contexto que remite a la coyuntura social, política, económica e histórica.

Es necesario ejercitar la justificación de la importancia de conocer ciertas cuestiones que se trabajan y esto implica en el caso del trabajo de investigación científica, aclarar cuál es el recorte analítico que se está realizando para acercarse a un determinado objeto de estudio y explicitar el camino metodológico que se pretende construir. El sentido de la "vigilancia epistemológica" planteada por Bourdieu se corresponde con el requisito indispensable de honestidad con el destinatario del trabajo, que es la explicitación metodológica, del paso por paso de cómo fue construyéndose esa investigación y de qué herramientas fueron necesarias diseñar específicamente para esa tarea.

Esto conduce a un principio básico que Eco suele citar, que es la solidaridad con el lector y con otros próximos investigadores que deberían, siguiendo los pasos que se fueron dando en la investigación, construir y arribar a análisis, conclusiones o explicaciones similares respecto del

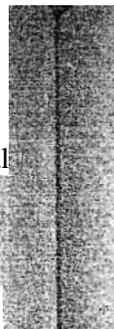
objeto de estudio. Como ya hemos dicho, esta solidaridad nos remite al que el investigador no es una figura romántica que frotando la lámpara accede a una verdad oculta para el resto de los mortales (figura que puede ser del agrado de investigadores con prácticas endogámicas y negación a la referencia de la función social de su trabajo), sino una persona que entiende que la investigación es una práctica continua.

Esta diferencia también aparece en algunos trabajos del crítico literario Harold Bloom cuando sostiene en plano dicotómico la lógica de argumentación de la investigación académica y periodística por un lado y la de la literatura o ficción por el otro que, forzando su perspectiva, nos resuena a la "función poética" de la clasificación de Jakobson.

La persona que tiene un raptó de inspiración, que lo traduce escribiéndolo bellamente y tiene la dicha de poder compartirlo y de recrear momentos placenteros en la vida de los lectores, esa persona no tiene la responsabilidad ni la necesidad de demostrar que lo que está diciendo es verdadero, ni que sus conclusiones son estables o duraderas, ni que su método ha sido consistente. En cambio, el investigador sí tiene la obligación de ser fehaciente, riguroso, exhaustivo, por un principio que tiene que ver, como planteamos, con la labor de un trabajo que se construye con herramientas que deben ser comprensibles y presentadas claramente ante el lector para que éste pueda compartir y entender las conclusiones a las que el trabajo arriba como puntos de llegada.

En el periodismo puede que esta cuestión de explicitar las fuentes no sea una obligación, por cuestiones de ejercicio y de ética profesional. Lo que sí es una obligación es advertir cómo se obtuvo esa información. En el caso de la investigación académica o científica, existe el deber de explicitar las fuentes, no se trata de fuentes reservadas o muy seguras. Esto se relaciona con uno de los principios que guían este tipo de investigación y que descansa, además, en un criterio metodológico de humildad que mencionamos al comienzo, lo que le brinda a la investigación el carácter de "trabajo" y no de metafísica.

En ambos tipos de investigación, además, se requiere contraste con otras fuentes y herramientas, a la vez que transparencia en vínculos y



en las consecuencias que ese mismo trabajo establece. Y, por supuesto, la conciencia de que las conclusiones a las que se arriban deben ser socializadas por un criterio básico que es que el investigador es depositario de competencias y capitales (simbólico, cultural y económico) por parte de la comunidad en la que trabaja. El investigador no es el destinatario del trabajo que está realizando, sino que el destinatario es otro.

Hay otro tipo de investigación que es el que trata de percibir fuentes esquivas y ese mecanismo en nuestro país, en toda América Latina, suele presentar dosis altas de peligro. Me refiero a fuentes esquivas en cuanto a fuentes que escatiman información, no la presentan, o la niegan.

Si se toman como referencia trabajos serios de investigación periodística que se han hecho en el país (que afortunadamente son un espacio de ejercicio profesional que han tenido y tienen importantes producciones), uno se encuentra con la cuestión de las "fuentes esquivas" porque la Argentina es un país en el que no solamente los organismos públicos incumplen la obligación de informar a la sociedad que los sostiene, sino que también lo hacen los privados, que ciertamente no están acostumbrados a la responsabilidad de brindar información. Si no fuera un tema central de construcción democrática del espacio social, sería ridículo: se trata de la confusión de la información con el *marketing*.

Al no ser algo común y, en general, al tener una historia bastante traumática en términos de gobiernos dictatoriales, es cierto que muchos trabajos de investigación, incluso los de Rodolfo Walsh o Rogelio García Lupo, por citar dos arquetipos, indagan debajo de la superficie y no cuentan con fuentes oficiales que den la cara y que estén dispuestas a aportar su testimonio a la verdad de un asunto. Lo cual revela por otro lado las dificultades con las que se encuentra un periodista de investigación a la hora de indagar temas que provienen de sectores de poder, ya sean públicos o privados. Esto en el caso de Walsh ha impactado en su obra de manera sobresaliente y, en homenaje a su producción, la honestidad intelectual del autor se verifica cuando, ante la imposibilidad de referir expresamente la fuente, transforma en una obra de ficción lo

que originalmente era una notable investigación periodística, como es el caso del cuento "Ésa mujer".

Al Estado le cabe el deber constitucional de dar publicidad a los actos de gobierno. Esto lo establece la Constitución Nacional, figura en numerosos acuerdos y tratados internacionales suscriptos por la Argentina y forma parte del sentido común señalarlo hoy por hoy en las carreras de comunicación. Del derecho que asiste a toda persona de acceder a la * información pública dan cuenta tanto la iniciativa del actual gobierno nacional para reglamentar mediante decreto el acceso a la información del Estado (esa iniciativa prosperó como Decreto 1172/03, del día 3 de diciembre de 2003), como las leyes existentes en casi todos los países desarrollados y en muchas de las provincias argentinas. En realidad más que un decreto a nivel nacional, es de esperar que el Parlamento sancione una ley al respecto.

Pero como suele advertir lúcidamente Damián Loreti, el mundo no se acaba en el Poder Ejecutivo y es preciso avanzar sobre la obligación de brindar acceso a la información de los servicios públicos, sean éstos de gestión pública o de gestión privada. Estoy hablando concretamente de los servicios que prestan entidades educativas, de salud, y los que gestionan en áreas de servicio como el transporte, el gas, la electricidad, las telecomunicaciones. Y por supuesto, incluyo en este sentido a los medios de comunicación y al conjunto de las industrias culturales. No solamente porque casi todas estas actividades están subsidiadas directa o indirectamente por el Estado, sino porque se trata en la mayoría de los casos de redes y de espacios de propiedad pública con gestión contingentemente en manos de privados que deben cumplir un contrato, que tienen obligaciones y deberes que es preciso que se hagan públicos, así como el debido control de su cumplimiento eficaz.

También hay deberes de tipo legal de parte de las empresas privadas como presentar balance societario, lo que no es usual que se conozca públicamente. Por ejemplo, en Argentina, las empresas operadoras de televisión por cable comenzaron un proceso de concentración a partir de la década de 1980, sin embargo se puede acceder a su información econó-

mica a partir del año 1995. En otros países, en cambio, la divulgación de balances societarios sirve como información para propias campañas de difusión para asentarse en el mercado y ganar clientes demostrando la confianza que otros han puesto en sus productos o servicios.

Con el profesor Guillermo Mastrini, de la Universidad de Buenos Aires, estamos dirigiendo una investigación sobre la estructura y la concentración de las industrias culturales en América Latina. Las dificultades para obtener información sobre el comportamiento económico de empresas que están gestionando servicios que son de propiedad pública (como las telecomunicaciones, la televisión abierta o la radio) son significativas. La opacidad informativa del sector privado es solidaria con un Estado que para utilizar una remanida frase de Raúl Alfonsín "no sabe, no quiere o no puede", o las tres cosas, cumplir con su deber de exigir rendición de cuentas y controlar la administración, contingentemente en manos del sector privado, de sectores fundamentales de su estructura.

PREGUNTAS

—¿ *Qué apoyo y canales de divulgación tiene la investigación en comunicación y en ciencias sociales?*

MB: —El tema no es sencillo de abordar en el tiempo que disponemos, pero los apoyos, como es de dominio público, son escasos en relación comparativa con otros países latinoamericanos (ni hablar de Europa). Paralelamente, hay un desconocimiento del campo de la comunicación y del hecho, elemental por ejemplo en la obra de Pierre Bourdieu, de que la comunicación y la circulación social de sentido se instituyen como dimensiones básicas para analizar y comprender las sociedades contemporáneas, pues esas dimensiones remiten a la construcción de capital simbólico y capital cultural. Quiero decir que resulta difícil ensayar un diagnóstico de las sociedades contemporáneas abstrayéndose de los procesos de comunicación en dichas sociedades.

Como ejemplo del desconocimiento puedo citar que las instituciones académicas y científicas del país suelen ignorar al campo de la comunicación. Por ejemplo, para postular al ingreso a la carrera de investigador en el CONICET, o bien para categorizar en el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología como investigador, no se incluye la comunicación como campo, y los investigadores en comunicación debemos hacerlo en "sociología", "educación" u otras disciplinas más estructuradas. Como ya hemos mencionado a Bourdieu, no podemos dejar de señalar que aquí, como es obvio, operan también disputas de campo, es decir, luchas por la instalación de prácticas, temas, autores y problemáticas en el escenario académico. Y esto se traduce, también, en recursos y en capital económico y en capital simbólico en este marco. En poder, en suma.

Cierto es que la institucionalización de la comunicación en el país (y en el mundo) es reciente: mientras la sociología está presente en la Argentina con Gino Germani desde el año 1962 (y habría muchos elementos para identificar una proto-sociología en la obra de Ezequiel Martínez Estrada e incluso en obras muy híbridas desde el punto de vista del género en el siglo XIX, como el mismo *Facundo* de Domingo Sarmiento), la comunicación como tal, como carrera de grado, empieza a reconocer espacios de reconocimiento en las universidades argentinas a partir de la década de 1980. Es cierto que la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, desde 1934 cuenta con este campo, pero lo enmarcaba hasta hace pocos años dentro del propio periodismo.

Es probable que por esta razón aunque sería ingenuo creer que es la única- la producción en investigación en comunicación aún sea débil en comparación con las otras disciplinas. Digo que es ingenuo creer que éste es el único motivo porque a mi juicio se trata más de un síntoma que de una causa. También es lícito preguntarse por la calidad y los aportes al conocimiento de nuestros propios trabajos, en una relación comparativa con las excelentes contribuciones de campos como la historia, la sociología, la antropología o la economía en nuestro país.

Asimismo, si uno piensa en los referentes de las disciplinas de co-

municación, es decir, en la gente que ha escrito en las últimas tres décadas, está pensando en general en gente que tiene una formación de grado diferente a comunicación, sencillamente porque no había comunicación antes.

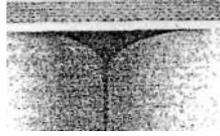
Ahora bien, resulta paradójico que haya una institucionalización relativamente débil en el campo de la comunicación, cuando ésta se está transformando en las últimas décadas en uno de los motores de las economías contemporáneas, por lo tanto, la centralidad estructural y estructurante que ocupa la comunicación no se corresponde con la institucionalidad que hoy tiene.

—¿Se le puede dar rigor científico al periodismo de investigación en televisión?

MB: —Claro que sí. Hay una cuestión previa que es la esfera de autonomía que tiene el investigador periodístico en relación con el académico. Este último tiene un mayor grado de libertad en la elección metodológica y a la hora de sacar conclusiones. En el periodismo se está bajo la orden del responsable del medio salvo que sea un periodista *entrepreneur*, es decir, que investiga y difunde a través de canales independientes. Es cierto que la televisión duplica en términos de facturación lo que recaudan diarios, radios, discos y cine juntos, por consecuencia los controles que se ejercen sobre ella son más fuertes y el grado de autonomía del periodista, creo, mucho menor. Digo esto sin pretender que el trabajo académico sea autónomo: está lejos de serlo. Pero habiéndome desempeñado muchos años como periodista y trabajando en el ámbito universitario público, creo que a la cuestión de los ritmos y características propias de cada rutina laboral hay que sumarle la importancia del tema de la autonomía.

—¿Qué opina sobre el uso de las cámaras ocultas?

MB: —En primer término, se trata de cámaras, una tecnología. Y su uso se realiza ocultando la cámara ante un entrevistado. No siempre las cámaras fueron tan intensamente utilizadas mediante su escamo-



teo frente al otro. La sociedad que consume la cámara oculta se basa en la aceptación de un periodismo que suele (no digo que esto sea general, pero como tendencia) buscar más la denuncia que la investigación. ^ Porque mientras que la investigación es una articulación de informaciones y procesos prolongada en el tiempo, la cámara oculta es epistémica y busca el efecto inmediato. Es inmediateista. La sociedad que consume cámara oculta se alimenta de sospechas sobre la disociación entre el comportamiento público y el privado. El recurso de ocultamiento de la cámara reconoce en esa misma operación la desconfianza cierta en la conducta doméstica de personajes digamos públicos. Y la cámara oculta descubre el comportamiento antagónico: del que se sostiene públicamente. La cultura de la cámara oculta habla entonces de la sociedad argentina posnoventa, basada en la disociación entre lo que se dice y lo que se hace. Y hay algo de patológico en la operación social de confirmar esa disociación por televisión, cuando el comportamiento de la mayoría social confirma (sea electoralmente o en la institución del prestigio social) a los mismos sobre los que se desconfía. Que este recurso tenga éxito se debe a que la sociedad está a la vez legitimando la utilización de una tecnología de manera no franca para clausurar un abismo generalizado entre las palabras y las cosas. -

PARTE 2

TERRITORIOS Y EXPLORACIONES